

DONDE HABITA EL OLVIDO

La vida en un vistazo, al final de la vida

Rogelio, Sinforosa, Argimiro, Hortensia y el conjunto de los mayores que ingresan en un establecimiento residencial de mayores lo hacen con una compleja mezcla de emociones y sentimientos en cada uno de ellos (ilusión, miedo, desconcierto...) pero todos traen un tren interminable de recuerdos, vivencias que fueron hilvanando cuidadosamente a su tejido vital, cada vez más endeble. Un cúmulo de abrazos y despedidas que emergen cada noche, cuando el sueño no viene.

Aquella infancia ya tan remota, los chapuzones en el río del pueblo, las incontables caídas en los juegos con los amigos, con los que te pegabas y te reconciliabas. Esa época dulcísima de la vida en la que apenas hay pasado y no concebimos el futuro, solo hay un presenta inocente que vivir.

Pasan los años y los pies de hoy ya no caben en los zapatos de ayer cuando llega la adolescencia. El estallido hormonal de aquella difícil edad, abandonando el seguro refugio de la infancia. Te despachaba todos los días, el pan que te encargaba tu madre, la hija de la señora Juliana, una flaquita de andar sinuoso, con sus trenzas y su piel y sus labios, que un día descubriste, de pronto, que eran de mujer. Aquellos ojos color café; el café que te quitó el sueño tantas noches en tu adolescencia.

Aquella juventud, de amoríos urgentes, inaplazables, en la que, como todos los jóvenes, en palabras de Gil de Biedma, uno quiere llevarse la vida por delante y enseguida tiene que darse cuenta que la vida va en serio.

Las responsabilidades e inquietudes de la madurez y el estupor de la edad actual. Va pasando el tiempo y te encuentras un día en la edad del 7 cuando empiezan a dejarte el asiento en el metro, cuando los jóvenes te llaman de usted, cuando todo te parece carísimo (y en pesetas), cuando ya, al caminar, miras siempre donde pones los pies, cuando ya no te gusta una cena a la luz de unas velas (porque no ves el menú) y sobre todo cuando empiezas a oír aquello terrible de... claro a tu edad...

El ser humano vive tres unidades temporales: Pasado, presente y futuro. Pero la realidad es que apenas está instalado, sólo, en una de ellas y siempre fugazmente. Se trata del hoy, pues el ayer se nos fue y el mañana desconocemos si lo llegaremos a vivir. Pero el presente, a su vez, recién lo pensamos... ya es pasado. Este desconcertante componente para las personas, que es el tiempo, lo expresó magistralmente Antonio Machado cuando dijo: “¡Y este hoy que mira al ayer, y este mañana que nacerá tan viejo!”

Nuestra peripecia vital se encuentra (¿fatalmente?) subordinada al futuro, a quien hemos encomendado el traernos la felicidad que le tenemos encargada y en cuya entrega acostumbra a ser tan avaro. Miramos al horizonte de nuestra vida como a ese cielo en donde los sentimientos surgen y van desplegándose como fuegos de artificio: ilusiones, desencantos, logros, carencias, anhelos o frustraciones; elementos todos que integran la paleta de colores de nuestra existencia.

Se nos va pasando la vida en la persecución de ilusiones en continua mutación. Las antiguas son renovadas por otras nuevas cuando aquellas, por el paso del tiempo perdieron su fuerza. Viajar a territorios desconocidos, besar a aquella muchacha en la tibieza estival u ocupar un puesto de relevancia social. Pero hecho el viaje, besada la muchacha o desempeñado el cargo nos sorprende la muerte, como aquel ladrón evangélico. Vivimos buscando la licitud de la felicidad. Pero ¿cómo puede concebirse la dicha de esta manera mientras no sea completa y duradera? ¿Y cómo puede soñarse una felicidad bajo estas condiciones?

Hace falta mucha grandeza de espíritu para pensar, como dejó expresado Albert Camús, que *una de las cosas que ayudan a morir es saber que después de nosotros volverán a darse aquellas noches cuya dulzura se prolonga sobre la tierra y el mar*. No sé si este pensamiento evidencia una ilimitada grandeza de alma o si concede su justa importancia al hecho de morir.

La vida es lo que nos pasa mientras hacemos proyectos.

Ecos, todos de nuestra peripecia vital, de nuestro existir con familiares y amigos, cada vez menos de cada grupo, que van formando legión en ese distante y oscuro territorio, que se va abriendo, el del olvido.

**"Donde penas y dichas no son más que nombres,
cielo y tierra nativos en torno de los recuerdos;
donde al fin quedaré libre, sin saberlo, yo mismo,
disuelto en niebla, ausencia,
ausencia leve como carne de niño.
allá, allá lejos;
donde habita el olvido"**

LUIS CERNUDA

En la sierra de Guadarrama, otoño de 2022

Juan Siso Martín